

## **EL CRISTIANISMO NUNCA HA SEPARADO EL ALMA DEL CUERPO**

*El presente artículo intenta demostrar que en la tradición cristiana existe una íntima relación entre el alma y el cuerpo, como unidad indisoluble que constituye la persona humana. Y a pesar de que determinadas necesidades de inculturación hayan derivado en una valoración hasta cierto punto negativa del cuerpo, la unidad de cuerpo y alma se ha mantenido siempre.*

*Non! Le christianisme n'a pas dissocié l'âme et le corps, Prêtre et Pasteur, 107/4 (2004) 194-202*

Con este título provocativo, queremos destacar la radical unidad entre cuerpo y alma a lo largo de toda la tradición cristiana, fundada sobre la encarnación y la resurrección. En el cristianismo, lo que le sucede al cuerpo, le sucede también al alma. Los sacramentos, a su vez, son un testimonio claro de la interacción entre cuerpo y espíritu, empezando por el bautismo. Incluso la misma imaginería física del infierno y sus tormentos es también una muestra evidente de la unión entre alma y cuerpo que el cristianismo ha mantenido siempre. Y también nos podríamos preguntar si una cierta separación de cuerpo y alma no sería quizá lo mejor que nos hubiese podido pasar al liberar a la sexualidad del peso de culpabilidad y de la amenaza del infierno que le impuso la moralidad cristiana.

La tradición cristiana, fundada en la resurrección y la encarnación, ha dado un gran valor al cuerpo, cuerpo creado, resucitado y determinante para la salvación y la relación con Dios. Las epístolas de Pablo nos ofrecen valiosos ejemplos: glorificar a Dios en nuestro cuerpo (1Co 6,20; Flp 1,20); manifestar en nosotros la muerte y la resurrección de Cristo (2Co 4,10); ofrecer nuestro cuerpo como oblación agradable a Dios (Rm 12,1). Todo el dogma cristiano está también atravesado por esa unidad: la fe en la resurrección de la carne, los sacramentos como signos de gracia y salvación, la transmisión del pecado original mediante un fluido corporal, la Asunción de María, incluso la imaginería del infierno reflejada en los murales de la Capilla Sixtina que Juan Pablo II describe como «el santuario de la teología del cuerpo humano».

En la historia de la espiritualidad cristiana, por ejemplo en los ejercicios de santo Domingo y de san Ignacio, aparece también el importante papel del cuerpo en la experiencia espiritual.

### **Los orígenes de una falsa impresión**

La impresión de dicotomía tiene múltiples fuentes. En nuestra cultura occidental más reciente, leemos los textos de la tradición cristiana a través del filtro cartesiano que parte de una visión dualista, mecanicista y funcional del cuerpo. Añádase el hecho de que, durante siglos, el control sociopolítico del cuerpo se ejerció a través del cristianismo. Esta visión de la modernidad está a mil leguas de distancia de la visión corporal que nos transmite el Evangelio, anuncio de la Palabra hecha carne, como subraya la primera carta de san Juan (1-3).

Otras fuentes de esta oposición alma-cuerpo son más conocidas, como por ejemplo, la herencia metafísica griega, el maniqueísmo, la ética estoica que identifica lo mejor del hombre con el espíritu y la razón, relegando las pasiones al ámbito del cuerpo, que el cristianismo identificó en seguida con el placer, la mujer y el pecado, proponiendo el ideal del ascetismo y de la huída del mundo.

Esta dicotomía entre el cuerpo malo y el alma buena apunta más a una subordinación del cuerpo al alma, en vistas a la salud eterna, que a una oposición. Sí, en cambio, hay una desconfianza y una alerta que exige una constante mortificación, particularmente del instinto sexual.

Intentaré demostrar la hipótesis de la íntima relación existente entre el alma y el cuerpo, en la mejor tradición cristiana, como unidad indisoluble que constituye la persona humana.

### **El cuerpo según el Evangelio**

La encarnación del Hijo de Dios afirma que lo divino se ha inscrito indisolublemente en la historia humana corporal y personal, como cuerpo salvador y cuerpo salvado. Así, de una parte, la acción salvífica de Jesús procede de su cuerpo crucificado y resucitado y, de otra, la acción de Dios en Jesús alcanza todo nuestro cuerpo. La salvación es la manifestación de esta presencia de Dios que sana el cuerpo y el espíritu, según la tradición judía, en la que cuerpo y persona forman un todo. Y aunque la persona histórica de Jesús no esté ya presente entre nosotros, por la fe creemos que el punto de encuentro con Cristo son los otros, a través del servicio y el cuidado corporal. El cristiano no puede separar el amor de Dios y el amor al prójimo, expresado tan concretamente en la parábola del juicio final (Mt 25, 31-46).

«Esto es mi cuerpo». La Eucaristía es el cuerpo entregado, roto y compartido de Jesús. Aunque la teología de la transubstanciación no sea hoy fácil de entender, manifiesta esta preocupación por la corporeidad o la materialización del don de Dios mismo en Jesucristo. En el pan consagrado, Cristo se hace presente y la comunión permite al creyente establecer una relación corporal de cercanía y de presencia física con El, tal como lo han expresado los místicos.

### **El cuerpo salvado, miembro de Cristo y templo del Espíritu**

La teología paulina del cuerpo une elementos de la tradición judía, del estoicismo helénico y de la experiencia primitiva de la *ecclesia*. Por ello, resulta difícil delimitar su concepto de cuerpo ya que Pablo lo usa indistintamente para designar la persona humana, el cuerpo físico o incluso la Iglesia de Cristo. Lo cierto es que el cuerpo constituye en Pablo el referente central tanto para el ser del cristiano como para el ser de la Iglesia.

La primera carta a los Corintios (6, 12-20), es el texto clave de la visión cristiana del cuerpo individual y colectivo. La comparación sexual es provocativa: quien se une a una prostituta se funde en un solo cuerpo y convierte un miembro de Cristo en miembro de prostitución. Esta identidad entre la unión sexual y la unión con Cristo pone de relieve la importancia del cuerpo en la dinámica de la salvación. ¡Nada más lejos que la disociación entre cuerpo y espíritu!

Confrontado a un problema ético y sobre todo comunitario, Pablo reaccionaba así a la antropología gnóstica y dualista de los corintios. Para ellos, lo que afecta al cuerpo no afecta para nada al alma. Para la antropología judía, sin embargo, la persona forma un todo indisoluble. La salvación es también global: Dios salva a la persona en cuerpo y alma. El cuerpo es objeto de la acción divina y está radicalmente asociado a la vida nueva en Cristo Jesús. Las consecuencias son claras: la libertad cristiana frente a la esclavitud de las pasiones asociadas al cuerpo.

Luego, Pablo retoma la ética estoica para dar respuesta al hedonismo ambiental entre los corintios que consideraban el ejercicio sexual como algo saludable y necesario para la satisfacción de las necesidades básicas de la vida. La moral estoica, preocupada por liberar al hombre de la servidumbre de sus pasiones, rechaza los instintos básicos sometiéndolos al control de la razón, lo único que determina el ser humano. El placer aparece así como una desviación por la cual el hombre pierde su naturaleza propia. Esta posición marcará el futuro de la tradición cristiana. Incluso santo Tomás de Aquino, que considera el placer como algo intrínsecamente bueno creado por Dios, considera que impide a la persona estar enteramente al servicio de Dios.

Dos máximas estoicas influyeron directamente en la postura de Pablo sobre el cuerpo humano y el desenfreno: el hombre que se une a una cortesana peca contra sí mismo y el hombre mancilla su divinidad en todo acto impuro. Pablo lo expresa así: «Todo pecado que comete el hombre queda fuera de su cuerpo; mas el que fornicar, peca contra su propio cuerpo. ¿O no sabéis que vuestro cuerpo es santuario del Espíritu Santo que está en vosotros y habéis recibido de Dios? (1Cor 6, 18-19). Al retomar este pasaje San Agustín subraya además la dignidad de la mujer. «No sólo entregan su cuerpo a la prostitución, sino que ultrajan a esas mujeres, antes indemnes, como si esas criaturas no tuvieran alma o como si la sangre de Cristo no hubiera sido derramada también por ellas o como si la Escritura no dijera que las prostitutas y los publicanos os precederán en el Reino de los cielos» (Sermones XVII, 7).

Al cristianizar la moral estoica, Pablo destaca el respeto del cuerpo humano salvado y rescatado por la muerte de Cristo, miembro de Cristo y templo del Espíritu Santo, en una unidad física y espiritual indisoluble. La *resurrección de la carne* (1 Cor 15, 42-44), que recoge el Credo, reafirma la dignidad del cuerpo frágil de pecado como sujeto de resurrección.

## **El cuerpo fuente de salvación... y de condenación**

Es cierto que los Padres de la Iglesia, influidos por el neoplatonismo, se alejaron de la antropología paulina unitaria entre cuerpo y espíritu, llegando algunos a manifestar un desprecio del cuerpo, en especial de la mujer, movidos por el ideal del espíritu. Sin embargo, la experiencia corporal es determinante para la salvación. Así lo afirma Tertuliano refiriéndose a los sacramentos: «La carne es fuente de salvación ya que permite que el alma sea elegida por Dios. La carne recibe la unción para que el alma sea consagrada; la carne queda cubierta con la imposición de las manos para que el alma sea iluminada por el espíritu, la carne se alimenta con el cuerpo y la sangre de Cristo para que el alma reciba la fuerza de Dios. No podemos, pues, separar cuerpo y alma ya que un mismo servicio los une» (Tertuliano, *La resurrección de la carne* VIII, Patrología Latina 2, col. 806)

Poco a poco, nos alejamos del Evangelio -según el cual nada de lo que entra de fuera hace impuro al hombre- al considerar el cuerpo como fuente de condenación. El

cuerpo marca la frontera entre salvación y condena. El cuerpo, identificado con los placeres de la carne, se vuelve objeto de sospecha y de control tanto más necesario cuanto está en juego la salvación eterna. «Cuando se quiere conquistar una ciudad -sentencia un padre del desierto- se le corta el suministro de agua y víveres. Así hay que hacer también con las pasiones de la carne». Entonces, la virginidad aparece como el ideal y la mejor manera de frenar las pasiones y proteger el cuerpo y el alma de los cristianos, en especial de las cristianas. Para san Jerónimo, «ningún vaso de oro o de plata es más agradable a Dios que el templo de un cuerpo virginal». Y para Tertuliano, «la castidad es la guardiana del templo del Espíritu que somos todos y de la cual depende nuestra salvación».

Aunque la concepción de los padres nos parezca excesiva, no se rompe la unidad entre cuerpo y alma ya que para la salud de ésta hay que guardar aquél intacto.

La célebre antropóloga Mary Douglas hace notar que el pensamiento cristiano sobre el cuerpo se elaboró precisamente en una época de persecución que amenazaba tanto la integridad física como social de toda la comunidad cristiana. No es, pues, de extrañar que tales condiciones favorecieran la creencia en el cuerpo como algo imperfecto que sólo alcanzará su perfección si se mantiene puro y virginal. La Asunción de María celebra este cuerpo ideal. Así, la castidad corporal, especialmente de las mujeres, era para los Padres un valor supremo. «La pérdida de la castidad es -según Tertuliano- peor que la pena de muerte más cruel». Y san Juan Crisóstomo alabará a la joven Pelagia que se suicidó ante el peligro de ser violada por los soldados que fueron a arrestarla. La experiencia corporal determina y clasifica la identidad cristiana femenina en prostituta, virgen o madre según sea la apropiación masculina que ha hecho de su cuerpo.

Pero la teología posterior, elaborada sobre todo por ascetas y ermitaños «para quienes la mujer simboliza aquello a lo que ellos renunciaron y que hace peligrar su entrega a Dios» (Eric Fuchs), demonizó el cuerpo de la mujer considerándolo como una amenaza. Hija de Eva, asociada a las pasiones, al sexo y al demonio, receptáculo mediante el cual se contagia el pecado original, de ella hay que protegerse y a ella misma hay que protegerla controlando bien sus entradas, sus idas y venidas. El cuerpo, sobre todo el de la mujer, debe ser embriado precisamente por su proximidad con el alma para que no sea un peligro.

## **El cuerpo crucificado**

No podemos terminar este breve repaso sin mencionar la importancia de los sufrimientos de Jesús en la teología de la redención y la omnipresencia del cuerpo crucificado en la iconografía católica. La iconografía católica, con imágenes de la santa faz, de la coronación de espinas o de la flagelación, quiere subrayar la importancia que la tradición otorga a la participación en los sufrimientos redentores de Cristo, a pesar de su frecuente utilización política o represiva. Estos sufrimientos de Cristo y de los fieles, no son sólo corporales, aunque éstos cuentan mucho.

## **Conclusión**

La tradición cristiana pone de manifiesto que nunca se ha dissociado el alma del cuerpo, antes bien que siempre han estado interrelacionados. Incluso se puede afirmar

que el cristianismo se ha adelantado a la psicología moderna (al constatar que nuestro cuerpo determina nuestra identidad) o al lema de las feministas «Nosotras somos nuestro cuerpo».

Es cierto también que la tradición cristiana ha desconfiado del cuerpo hasta someterlo a un severo control. Sin embargo, este rigorismo nace precisamente del deseo de velar por la estrecha unión entre el cuerpo y el alma, y de protegerla de toda amenaza.

**Tradujo y condensó: JOSEP RICART**